

LA VIOLENCIA, EL ESTADO Y LAS CLASES SOCIALES

Violencia, Conflicto y Política en Colombia,
Paul Oquist. Ed. Instituto de Estudios Colombianos
Biblioteca Banco Popular; Bogotá, 1978; 339 págs.

Violencia y Desarrollo, Darío Fajardo. Fondo Editorial Suramérica,
Bogotá, 1979; 217 págs.

Los dos trabajos más recientes sobre el fenómeno de la Violencia en Colombia —el de Oquist y el de Fajardo— representan un aporte y un avance en dos direcciones, que corresponden a dos niveles diferentes de aproximación.

El primero, si bien maneja alguna información nueva, es esencialmente un ensayo de reinterpretación sociológica de este período particular dentro del más amplio marco de las fases de evolución de la relación entre el Estado y los procesos sociales, a partir de la colonia.

El segundo, apunta principalmente a un aspecto notoriamente descuidado en precedentes trabajos, o por lo menos no abordado con el suficiente rigor: el de la diferenciación regional de los procesos históricos y muy particularmente de los referidos a la lucha de clases en el campo. Fajardo no está interesado en la elaboración de una teoría general del desarrollo sino en señalar las múltiples determinaciones de un objeto de estudio, cuya especificidad reconoce de entrada, ligándolo al proceso de transformaciones sociopolíticas del país a partir de los años veinte, evitándose así la infinita regresión que hace Oquist.

La óptica en que se ubica Fajardo ofrece, en principio, a nuestro parecer, mayores posibilidades de enriquecimiento en el proceso de conocimiento del período en discusión, en tanto que la de Oquist corre el riesgo de diluirse en postulados vacíos de contenido, como el de que aquí siempre ha habido violencia (lo cual evidentemente no podría negarse) que poco agregan a la tarea de definir los rasgos propios de lo que los colombianos nos hemos acostumbrado a llamar simplemente *la Violencia*.

Lo anterior no quiere decir que haya una contraposición absoluta entre los dos trabajos. Al contrario, Fajardo le reconoce una clara paternidad a Oquist de quien toma expresamente dos tesis centrales: la de la diversidad regional y la de la multiplicidad de causas. Esta última lleva a Oquist a la postulación de una ecléctica "teoría integral" en la que el metafísico proyecto de aprehender la totalidad del fenómeno se resuelve con el mecanismo empirista de la sumatoria de las explicaciones parciales.

Pero al adoptar Fajardo expresamente las dos tesis enunciadas deja de lado la tesis más problemática y que se encuentra fatigosamente repetida como eje de la investigación de Oquist, desde la primera hasta la última página: el "derrumbe parcial del Estado".

La tesis del "derrumbe parcial del Estado" no está lejos de la de Pecaut sobre la "disolución progresiva del Estado" ("Reflexiones sobre el fenómeno de la violencia", *Ideología y Sociedad*, N°. 19) aunque los mecanismos que explican ambos procesos sean bien diferentes.

El derrumbe de Oquist se explica por la desintegración de diferentes aparatos institucionales, tales como el aparato judicial, el aparato armado, el parlamento, etc. La disolución de Pecaut está, en cambio, ligada al debilitamiento del papel interventor del Estado como mediador y unificador de (y entre) las clases dominantes, en beneficio de los más poderosos organismos gremiales, como Fedecafé y ANDI. El derrumbe de Oquist es resultante del grado anormal de enfrentamiento entre los dos partidos tradicionales. La disolución de Pecaut es resultado de la creciente implantación de un modelo liberal de desarrollo económico que hace perder al Estado su carácter autónomo, fragmentándose su poder en manos de "diversas corporaciones económicas".

Oquist es, pues, enfático en señalar como factor explicativo y causal de la generalización de la violencia el conflicto *entre las clases dominantes* por el control del Estado (pp. 12; 45; 243). Esta manera de plantear el problema, excluyendo del marco de análisis a las clases dominadas deja una serie de vacíos y dificultades. En efecto, se queda sin explicar (aunque se le discuta) el vínculo existente entre la violencia y las divergencias de las clases dominantes sobre la estrategia a adoptar frente a múltiples expresiones del movimiento popular, tales como las luchas agrarias en las décadas precedentes; el ascenso del movimiento sindical; el papel del gaitanismo como intento, al menos originalmente, de aglutinar un movimiento antioligárquico, por fuera de las tradicionales banderas partidistas; el significado de la insurrección del 9 de abril y, finalmente, con ese esquema se desconoce el hecho de que aún en las expresiones bipartidistas de la violencia está presente un elemento de contradicción de clase que se hace evidente, por ejemplo, en la

permanente tensión del movimiento guerrillero con la dirección oficial del partido liberal.

Todas estas dificultades nos permiten afirmar que el análisis de las contradicciones que se generan al interior de las clases dominantes no se puede abordar como un proceso separado, independiente, de la aparición de las clases dominadas en el escenario político.

Pero hay algo más: a pesar de que el Estado es una de las variables fundamentales de su esquema interpretativo, Oquist nunca nos define su concepción explícita sobre el mismo, lo cual le lleva a una utilización incoherente de la *noción* de Estado que maneja (porque no se puede llamar concepto a ese “*deus ex machina*” de Oquist). Es así como a veces da la impresión de estar confundiendo Estado y Gobierno (p. 49); en otras ocasiones reduce el Estado a los aparatos coercitivos, e incluso al sólo aparato armado, o a los individuos que lo representan, como cuando hipotiza sobre el absurdo caso de ausencia del Estado por unos días en una ciudad de Iowa en los Estados Unidos, por el simple retiro temporal del puesto de policía, cuyos agentes se desplazan a tomar cerveza al pueblo vecino.

La más persistente idea del Estado que recorre el libro es, sin embargo, la de un ente regulador de conflictos, una instancia neutral e independiente de la sociedad y de las clases sociales. En base a esta concepción, Oquist llega a hablar de períodos históricos (es el caso de la república del siglo XIX, p. 46) en los cuales la cohesión de la clase dominante y la estructura social se mantienen, a pesar de que “el Estado se derrumbó parcialmente o casi totalmente”, lo cual no deja de ser un excesivo tributo a las *formas de gobierno* centralizadoras por parte de un investigador originario de un país organizado bajo el sistema federal. Se requiere, en efecto, un concepto demasiado estrecho del Estado para argüir que el sistema de gobierno federal norteamericano conllevaría una debilidad anormal del Estado. El problema que preocupa seguramente a Oquist —la existencia de vigorosas y rivales oligarquías regionales en la Colombia del siglo XIX— no se clarifica siguiendo el camino por él adoptado de preguntarse por la mayor o menor presencia estatal que ellas conllevan, sino preguntándose por la especificidad del control estatal que ellas implican.

A partir de un enfoque diferente del Estado, precisamente como factor de cohesión de los distintos niveles de una sociedad concreta sobre la cual la clase dominante ejerce su dominación y hegemonía, a través de la combinación de mecanismos tanto coercitivos como ideológicos, se podrían producir muchos derrumbes en las tesis de Oquist. Por ejemplo, del enfrentamiento, así sea a muerte, entre los partidos (que son también elementos de cohesión y de dominación del Estado y la clase dominante) no se podría derivar, como lo hace Oquist, un

“colapso del Estado”, sino, por el contrario, que la prolongación de la lucha en la medida en que se de y se mantenga dentro de los parámetros bipartidistas es una garantía de la presencia real del Estado y, a la larga, un factor decisivo de integración y cohesión de las clases dominantes.

Por consiguiente, el aporte de Oquist —que no se puede desconocer a pesar de que hayamos subrayado sus puntos débiles— hay que ubicarlo no tanto al nivel del desarrollo de sus tesis generales, sino a un nivel más concreto, como cuando (en el capítulo V) aborda el problema de la construcción tipológica de las manifestaciones regionales de la violencia. La inserción en el proceso de la violencia de problemas como el de las rivalidades tradicionales entre poblaciones, o el de las “vendettas” características de zonas minifundistas, no habían sido objeto de un estudio sistemático como el de Oquist. Lamentablemente, respecto de temas sobre los cuales ha habido mayor confusión e indebidas generalizaciones, como es el caso de la relación entre la violencia, la lucha por la tierra y las estructuras agrarias, Oquist plantea sugestivas hipótesis que deja como tales, es decir, sin ofrecer sustentación empírica alguna.

A estos nexos es precisamente a los que se propone dar respuesta el estudio de Fajardo.

En efecto, el problema de investigación que se planteó inicialmente Fajardo en su artículo “La Violencia y las estructuras agrarias en tres municipios cafeteros del Tolima” (en *El Agro y el Desarrollo Histórico Colombiano*, Punta de Lanza, 1977, pp. 265 y ss.) fue el de precisar, a través de un estudio de tres subregiones cafeteras del Tolima (Líbano, Chaparral y Villarrica) primero, el sistema de relaciones entre la estructura agraria, la estructura de clases y los conflictos sociales durante el período en cuestión y, segundo, establecer algunas correlaciones generales entre procesos regionales y contexto nacional económico y político. Las hipótesis allí avanzadas sobre los efectos de la violencia en la estructura agraria crearon ciertamente muchas expectativas sobre la sustentación que posteriormente se haría de ellas. Tales hipótesis centrales podrían resumirse así:

Las tres zonas cafeteras del Departamento sufrieron una seria decadencia económica, pero los resultados no fueron idénticos en las tres regiones. En el norte, el abandono de fincas y el éxodo de campesinos fue aprovechado por una clase media rural ascendente, que estaba en posibilidad de sacar ventajas de sus condiciones políticas y económicas inmediatamente anteriores a la agudización de los conflictos. En el Sur y el Oriente del Departamento, se impuso, sobre todo, “la revancha terrateniente”: latifundios que habían sido vulnerados por las luchas campesinas de los años treinta, fueron re-hechos durante la Violencia, y

la ganadería le quitó terreno al café, originándose así una descapitalización de la otra próspera zona cafetera.

Pero, qué sucede al leer el libro *Violencia y Desarrollo*? En primer lugar que dichas hipótesis no vuelven a formularse explícitamente. Más aún, Fajardo no se compromete ya a desarrollarlas, pues, como él mismo lo reconoce, sólo pretende pintar un “cuadro impresionista” dentro del cual “no se intentó elaborar de manera precisa el dibujo de las clases sociales, sus indicadores exactos” (p. 10). En segundo lugar, y derivado de lo anterior, a pesar del esfuerzo que hace por delimitar el perfil de la estructura agraria y las clases sociales existentes hasta el momento de iniciarse la Violencia, en el curso del trabajo no se desarrollan las tesis sobre lo que pasó una vez concluído el proceso. Es así como los interesantes contrastes entre la decadencia de la zona cafetera y el desarrollo de la agricultura mecanizada en el plan del Tolima, quedan meramente señalados. La transferencia de capitales cafeteros a los nuevos cultivos comerciales —fenómeno vinculado por lo que Fajardo denomina “un proceso económico ambivalente” (p. 175)— aparece al final del trabajo como una afirmación gratuita, no sustentada o explorada empíricamente en las secciones precedentes.

En vano buscaría, pues, el lector un análisis de la tenencia de la tierra, de la evolución de las relaciones de producción en la zona cafetera, de la forma como se ha modificado o disuelto el antiguo sistema de hacienda, de la incidencia de la Violencia —como “efecto retardado”— en el posterior desarrollo de la caficultura y en la distribución de los beneficios entre las distintas clases sociales. La sensación del lector, al final, es la que Fajardo le ha anunciado desde un principio: se trata, efectivamente, de un trabajo inconcluso.

En el libro hay, de hecho, un notorio desplazamiento hacia la búsqueda de abundante información, tanto oral como escrita, sobre la multiplicidad de formas de la represión, al igual que sobre las más variadas expresiones de resistencia que continuamente reinventa la lucha popular. Estos aspectos serán indudablemente reconocidos como un valioso aporte, no sólo por quienes han sabido simplemente de oídas sobre lo que pasó, sino también por quienes vivieron la época en contextos diferentes a los de este Departamento que conjugó, dentro de sus límites, todas las características y manifestaciones del drama en una especie de síntesis del fenómeno nacional.

Sin embargo, en su desarrollo, Fajardo se dejó equivocar muchas veces por el tono apolégético y sectario de varios de sus entrevistados o de sus fuentes escritas predilectas. El tema requeriría un debate más amplio que no se puede emprender seriamente en una simple reseña. Baste para el caso, señalar cómo, por ejemplo, en su tratamiento del fenómeno del bandolerismo —uno de los menos explorados hasta hoy—

Fajardo, apoyándose en la versión tradicional del P.C., sigue considerándolo predominantemente como un instrumento de represión. Esta óptica de análisis está demasiado viciada por la experiencia del P.C. en el sur del Tolima, en donde efectivamente los bandoleros sirvieron inicialmente los intereses de los partidos tradicionales y del ejército, lo cual tampoco puede desligarse de la errónea actitud del Partido Comunista frente al gaitanismo, ni de las divergencias entre "limpios" y "comunes" sobre la alternativa de resistencia o autodefensa, como método más eficaz para contener la represión oficial. La generalización de este tipo de interpretación lleva a indebidas extrapolaciones, ya que el fenómeno del bandolerismo tuvo su más amplio desarrollo precisamente en zonas de débil o nula implantación del Partido Comunista, tales como el norte del Tolima (Desquite, Sangrenegra), el norte del Valle (El Mosco), Risaralda (Capitán Venganza) y el Quindío (Efraín González, Chispas).

El desconocimiento del complejo origen y evolución del bandolerismo puede llevar —como efectivamente ha sido llevado Fajardo por uno de sus entrevistados (p. 136)— al extremo de calificar como simples criminales a personajes del carácter de "Pedro Brincos" quien fué justamente uno de los de más nítida transformación política, convirtiéndose a comienzos de los años sesenta en un entusiasta militante del MOEC (Movimiento Obrero, Estudiantil, Campesino), es decir en un revolucionario.

De muchos de los enfoques y conclusiones de estos dos textos se puede disentir. Pero hay una cosa clara: ambos plantean problemas y perspectivas nuevas de investigación. La contemporaneidad misma de su objeto hace que inevitablemente discurran por senderos cargados de implicaciones políticas que no hay que rehuir sino que es preciso afrontar. Por lo demás, ya es tiempo de que los historiadores se ocupen también del más inmediato pasado, del que pesa más sobre nuestro presente.

Gonzalo Sánchez Gómez

Donny Meertens

Charles Bergquist. *Coffee and Conflict in Colombia 1886-1910.*

Duke University Press, Durham, N. C. 1978.

El libro de Charles Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*, que conocemos en edición inglesa y todavía no en edición castellana, constituye el primer intento de estudio y de análisis de los problemas generales que llevaron a los partidos políticos colombianos a la guerra civil de los Mil Días (1899-1902) y de la situación económica concomitante. Esta última no es presentada por el autor como un agregado de los desarrollos políticos nacionales de fin de siglo sino como uno de sus factores determinantes. En efecto, Bergquist se ocupa de señalar pormenorizadamente la correspondencia perfecta existente entre los movimientos de crecimiento, auge o crisis de la economía nacional, fundada ya en las exportaciones de café, y la estabilidad política interna o el deterioro de ésta, su decadencia total, expresada en la guerra civil o, finalmente, su posterior recuperación. Por este camino logra el autor otorgarle una coherencia significativa al convulso proceso político colombiano que se registra entre las épocas iniciales de la Regeneración y la primera década del siglo actual, cuando, luego de haberse desatado la guerra civil y de haber llegado ésta a una singular terminación, Colombia comenzó a buscar caminos políticos que posibilitaran un adecuado clima de paz social, requerido por las exigencias generales del desarrollo económico.

Pero este hallazgo fue, según lo indica convenientemente el autor, el resultado de una claridad obtenida en medio de serios fracasos para el país. El primero de ellos fue justamente la guerra civil de fin de siglo, cuyo resorte fundamental fue la disensión al interior de la clase dirigente en torno a los que debían ser los proyectos económicos nacionales y en torno a las formas que deberían adoptarse para conseguir su realización. La guerra civil de los Mil Días enfrentó a ejércitos gobiernistas y guerrillas liberales. El combate era así desigual y prometía, entre otras cosas, una prolongación casi indefinida de la guerra debido justamente a la capacidad de subsistencia de las guerrillas. ¿Qué originó esta circunstancia? El que el Liberalismo, siendo una de las fuerzas contendidas en el conflicto, no contaba sin embargo con una existencia legal; de ahí su necesidad de activar las guerrillas, especialmente en las zonas cafeteras, careciendo, como carecía, de un aparato militar que hubiera podido actuar por fuera de la clandestinidad.

Uno de los capítulos más novedosos y satisfactorios del libro de Bergquist es aquél que contiene un análisis de la guerra de guerrillas desatada por el Liberalismo; se nos indica cómo la guerra de guerrillas actuó en forma especial en las zonas cafeteras que a fines de siglo revestían la mayor importancia (Santander, Cundinamarca y Tolima).

Sus principales organizadores fueron, aparte de caudillos como Rafael Uribe Uribe, importantes hacendados cafeteros quienes pudieron echar mano, con eficacia, del campesinado local para constituir las bandas guerrilleras.

El funcionamiento eficaz del sistema de guerra de guerrillas y sus desbordantes consecuencias sociales fueron capaces de alertar en grado sumo a varios sectores de las corrientes moderadas ora del Conservatismo, ora del Liberalismo. Por ejemplo, la inestabilidad por la que atravesaba la propiedad privada logró constituirse en un punto de preocupación común de las corrientes políticas mencionadas. Así, un proyecto de colaboración partidista comenzó a abrirse camino. Culminaría años más tarde con la formación del movimiento de la Unión Republicana. Este apoyó su plataforma política en un claro proyecto económico de alcances nacionalistas del cual eran partidarios muchos individuos de variada filiación partidista.

La situación de impotencia de las clases dirigentes colombianas provocada por la guerra civil vino a acentuarse con la pérdida de Panamá, la cual actuó en el sentido de subrayar la urgencia de instaurar en el país una política conciliatoria. Hombres de tendencias políticas diferenciadas como por ejemplo Rafael Uribe Uribe, José María Quijano Wallis, Marceliano Vélez, Carlos Martínez Silva y Pedro Nel Ospina pudieron aunarse por lo idéntico de sus intereses económicos y formular los principios teóricos de la nueva política de conciliación. Además, del reconocimiento que hacen los distintos grupos de la clase dirigente de su comunidad de intereses materiales surge, paralelamente, y como uno de los resultados políticos de mayor trascendencia de la guerra civil de los Mil Días, el reconocimiento de la existencia legal del Liberalismo. El carácter de "subversivo" había estigmatizado al Liberalismo durante los últimos lustros del siglo XIX. Casi al final de la guerra, se propusieron indultos y amnistías para que el Liberalismo depusiera las armas. Finalmente, un decreto de "participación de minorías" sirvió de apertura para la existencia política legal del Liberalismo.

A lo largo del libro, Bergquist se ocupa también de definir las características del poder político en Colombia. Así, la guerra civil de los Mil Días aparece como el momento de culminación, por una parte, y de terminación, por otra, de formas particulares de lucha partidista. Además, el camino que se abría de colaboración partidista estaba reforzado por la creciente solidez económica que se derivaba de la expansión interna y externa de la economía cafetera y, naturalmente, de condiciones internacionales favorables.

En el estudio de Bergquist encontramos esclarecimiento en torno a un período de la historia colombiana que ha permanecido por mucho

tiempo en la oscuridad. En él encontramos también facilitada la tarea de indagación de los períodos de la historia nacional más recientes.

MARGARITA GONZALEZ

Germán Colmenares. *Historia económica y social de Colombia (T II) Popayán: una sociedad esclavista 1680-1800*. Medellín, diciembre 1979.

La *Historia económica y social de Colombia*, T. II, de Germán Colmenares prosigue los esfuerzos, iniciados con el tomo I de esta obra, por establecer los aspectos fundamentales en la formación histórica de la economía y de las relaciones sociales de nuestra sociedad. El segundo tomo está centrado en el estudio de la economía minera impulsada por la sociedad payanesa. Parte importante del estudio gira en torno al desarrollo agrario relacionado con las actividades económicas del campo minero. La elaboración de una profusa masa documental por medio de la utilización de los métodos cuantitativos y la ilustración de muchos de los problemas expuestos con tablas, figuras y gráficos, constituyen una de las novedades del libro.

John Leddy Phelan. *El Pueblo y el Rey: la Revolución Comunera en Colombia, 1781*, Carlos Valencia Editores, Bogotá 1980.

En el más reciente y extenso estudio sobre la Revolución de los Comuneros, John Leddy Phelan presenta un relato pormenorizado de los antecedentes del movimiento, de su gestación y de sus resultados políticos. Todas las partes del estudio se apoyan en abundante documentación original y en ellas se resalta también el papel cumplido, en las distintas fases de la rebelión comunera, por figuras como la de Francisco Berbeo, José Antonio Galán y Antonio Caballero y Góngora.

Orlando Fals Borda. *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*, T I, Carlos Valencia Editores, Bogotá 1979.

Orlando Fals Borda reconstruye en su libro *Mompox y Loba* parte importante de la historia de una región colombiana que fue, en épocas pasadas, un importante punto de contacto entre las regiones costaneras y aquéllas del interior del país. En la primera parte del libro el autor se ocupa de establecer los fundamentos de la cultura de la región que estudia, teniendo en cuenta la variada composición étnica de la población local. En la segunda parte encontramos un análisis de las

viejas formas de explotación económica y de sus correspondientes relaciones sociales.

Manual de Historia de Colombia, Tomo III, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá 1980.

Con la aparición del tercer tomo del *Manual de Historia de Colombia* se completa la obra general, cuyos primeros tomos se publicaron en 1978 y 1979. Cada tomo, en su orden, abarca uno de los tres grandes períodos de la historia colombiana, a saber, el período colonial, el republicano y el contemporáneo. El tercer tomo, centrado en nuestra historia del siglo XX, está compuesto por siete ensayos, todos de considerable extensión. El sumario del mencionado tomo es como sigue: "La Economía", de Jesús A. Bejarano; "La vida política después de Panamá", de Darío Mesa; "El desarrollo del movimiento sindical y la situación de la clase obrera", de Miguel Urrutia; "El Proceso de la educación, del Virreinato a la época contemporánea", de Jaime Jaramillo Uribe; "La Arquitectura y el urbanismo en la época actual: 1935-1979", de Germán Téllez; "Las artes plásticas en el siglo XX", de Germán Rubiano y, finalmente, "La Literatura Colombiana en el siglo XX", de Rafael Gutiérrez Girardot. El conjunto de ensayos del tercer tomo del *Manual* trae planteamientos del todo novedosos en lo relativo a la interpretación del desarrollo histórico colombiano contemporáneo.

Jorge Castellanos. *La Abolición de la Esclavitud en Popayán: 1832-1852*, Cali 1980.

El estudio de Jorge Castellanos sobre la abolición de la esclavitud en Popayán emprende el análisis de todos los problemas sociales, políticos y económicos que constituyeron el contorno de la delicada operación de liberación paulatina de esclavos en el sur del país, la más fuerte región esclavista del siglo XIX. Luego de presentar una introducción general al tema, el autor se detiene en el estudio de la acción de las Juntas de Manumisión locales, de la pugna ideológica y partidista de las corrientes liberal y conservadora en torno a la abolición y de la guerra civil iniciada por el conservatismo como reacción a la inminente liberación de esclavos. El libro de Castellanos recoge profusa documentación del Archivo Histórico Nacional de Colombia (Bogotá), del Archivo Municipal de Cali y del Archivo Central del Cauca (Popayán).

Víctor Manuel Moncayo y Fernando Rojas. *Luchas Obreras y Política Laboral en Colombia* Ed. La Carreta, Bogotá, 1978, 330 págs.

El aporte de este libro está dado no tanto al nivel de la información nueva que suministra sino fundamentalmente en el plano interpretativo, y como tal, tiene un explícito carácter polémico. La legislación y la política laboral son vistas, dentro de la perspectiva de los autores, más que como conquistas de la lucha obrera, como resultado de la lógica integradora inherente al desarrollo capitalista del país. Tiene una ventaja sobre los demás estudios referentes al tema: su cobertura se extiende desde los orígenes de las luchas sindicales y la legislación laboral hasta los conflictos, medidas y estrategias implementadas durante el gobierno de López Michelsen, dando así una visión de conjunto que ciertamente estaba haciendo falta. *

Miguel Urrutia

50 Años de Desarrollo Económico Colombiano. Ed. La Carreta, Bogotá, 1979, 378 págs.

Este volumen es una recopilación de 10 ensayos sobre temas de variado interés: la educación, la distribución del ingreso, la planeación, el papel del artesanado en la industria nacional, las precondiciones del desarrollo a comienzos del siglo, etc., todos ellos enmarcados por el artículo que le da el título al conjunto y cuyo objeto, según el autor, es demostrar, contra quienes dudan de que la economía colombiana haya llegado a la etapa del despegue, que efectivamente sí ha habido un desarrollo acelerado y autosostenido del país durante las últimas cinco décadas.

Jesús A. Bejarano

El régimen Agrario: de la Economía Exportadora a la Economía Industrial Ed. La Carreta, Bogotá, 1979, 370 págs.

Este texto recoge, con algunas modificaciones, artículos publicados en los números 6, 7 y 8 de la desaparecida revista "Cuadernos Colombianos".

Su eje, como lo sugiere el mismo título, es el problema de la transición de la economía colombiana de la fase preindustrial a la industrial, proceso que se cumple en las primeras décadas del presente siglo. La primera parte aborda el examen de los prerrequisitos de la industrialización clásicamente definidos por Marx: el surgimiento del proletariado, la formación del mercado interno y la acumulación de capital. La

segunda examina las barreras que limitan u obstruyen el proceso de industrialización, particularmente las que se derivan de las arcaicas relaciones de producción predominantes en la estructura hacendaria y, finalmente, la tercera parte profundiza en el estudio de la coyuntura que emerge de la crisis de los años treinta como factor decisivo en la ruptura y también en la transición de un modelo de desarrollo a otro.

El libro, dada la articulación de estos diferentes temas, es de consulta obligada para los estudiosos de la historia de la industrialización, de la historia de la estructura agraria y de la historia de los conflictos sociales durante los años 20s y 30s.

Marco Palacios: *El Café en Colombia (1850-1970): Una Historia Económica, Social y Política* Ed. Presencia, Bogotá, 1979, 429 págs.

Palacios mismo define el contenido de este libro extremadamente rico en análisis y sugerencias, en los siguientes términos: "es el estudio de las transformaciones históricas que la difusión del cultivo del café y su papel hegemónico en las exportaciones colombianas provocaron en las estructuras productivas y de clases, en los balances de fuerzas regionales y en algunos mecanismos del poder estatal".

Reconstruir un cuadro de esta magnitud naturalmente exige que se replanteen temas e hipótesis que no tocan exclusivamente con la historia del café. Y es precisamente lo que ha hecho Palacios apoyándose en un bagaje documental poco usual en los estudios históricos de los siglos XIX y XX en nuestro país. El libro, además, demuestra la fuerza renovadora del análisis de las fuentes locales y provinciales cuando se valoran sin perder la perspectiva nacional.

Jaime Arocha, *La Violencia en el Quindío*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1979.

Este libro es la base de la tesis doctoral presentada por Jaime Arocha, en 1975, ante el Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia (Nueva York). Su eje de análisis es un municipio cafetero del Quindío al cual el autor le asigna el imaginario nombre de "Monteverde". Esto le permite jugar en dos planos con sus resultados: por un lado resaltando las potencialidades del análisis regional, y por el otro, destacando las dimensiones generales de tales resultados dada la representatividad del caso escogido. Monteverde puede ser cualquier municipio cafetero, como Macondo es todo el país y cada una de sus localidades.

Un cuidadoso trabajo de campo, y sobre todo, el sistemático análisis de una muestra de 98 casos de homicidio y asociación para delinquir, que de paso demuestran la riqueza del archivo judicial en el estudio de este tipo de fenómenos, le permiten llegar a una conclusión central: los grandes beneficiarios de la Violencia en zonas cafeteras fueron los comerciantes, lo cual no dejará de sorprender a quienes dan por obvio que fueron los terratenientes.

Historia del Partido Comunista de Colombia, t. I., Medófilo Medina, Editorial Colombia Nueva, Bogotá, 1980.

Este primer tomo de la Historia del Partido Comunista surge con motivo de la conmemoración de los 50 años de fundación de tal agrupación política. Se constituye por la profundidad y dimensión con que son tratados los múltiples aspectos de su zigzagueante trayectoria hasta 1950 en la más completa versión del Partido sobre sí mismo. El tono del conjunto está animado por una preocupación explícita en la introducción del Comité Central: *Treinta Años de Lucha*; el balance anterior realizado en 1960, había puesto, según anotara Gilberto Vieira, el Secretario General, demasiado énfasis en los errores. Medina se propone entonces restablecer el equilibrio.

CONCURSO DE HISTORIA SOBRE LOS COMUNEROS

La Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional convocó, a fines de 1980, a un concurso de Investigación Histórica en torno al tema de Los Comuneros. El concurso se abrió en dos niveles: uno para investigadores y otro para estudiantes avanzados. La Facultad acaba de hacer público el fallo del jurado que se conformó para estudiar y conceptualizar sobre los trabajos que se presentaron a concurso (un total de 9.) El ganador del segundo y único premio, a nivel de investigadores, resultó ser el licenciado MARIO AGUILERA, egresado de la mencionada Facultad de la Universidad Nacional, cuyo trabajo se titula *"Los Comuneros: Guerra Social y Lucha Anticolonial"*. Este trabajo será publicado próximamente por la Universidad. El jurado estuvo integrado por las siguientes personas:

HORACIO RODRIGUEZ PLATA (Academia Colombiana de Historia), ALVARO TIRADO MEJIA (U.N. Sede Medellín), DARIO MESA (Departamento de Sociología, U.N.), MARGARITA GONZALEZ Y BERNARDO TOVAR ZAMBRANO (Departamento de Historia, U.N.).